

La transmisión científica en el siglo XVIII. El padre Feijóo¹

JUAN ROS GARCÍA

Catedrático de Lingüística documental
Universidad de Murcia

Cuando hace unos días me propuso el Dr. López Yepes que inaugurase este curso de posgrado de la Universidad Complutense, me plateé inmediatamente cuál podría ser el contenido de mi breve intervención. Celebrábamos en esos días un concurso oposición en la Universidad de Murcia, en el trascurso del cual el concursante, Dr. Moreiro, profesor de nuestra universidad, aludía en su lección a sus trabajos sobre D. Agustín Millares.

Yo recordaba cómo, hacía ya bastantes años, y de la mano del profesor Baquero Goyanes, me iniciaba en el estudio y conocimiento de la obra del P. Feijóo, precisamente con las obras editadas por D. Agustín Millares en Clásicos Castellanos y en la B.A.E.

Recordaba, igualmente, que en mis inicios como profesor, llamémosle en formación o en reconversión, ejerció sobre mí, una enorme influencia un libro del profesor López Yepes, y otros, publicado en el seminario Millares Carlo.

En el fondo de mi memoria revivían recuerdos lejanos sobre tal o cual aspecto que, en el proceso de estudio y elaboración de la tesis doctoral sobre el padre Feijóo, me impresionaron sobre la enorme capacidad de adaptación del benedictino a lo que el mundo científico iba deparando, al enorme caudal de conocimientos científicos que, procediendo principalmente de fuera de España, se abatían sobre España, sobre una España que ofrecía un doble papel científico e intelectual.

¹ Conferencia inaugural del curso de posgrado. Escuela de Documentación 1989-90.

Y, después de desempolvar viejos cuadernos de notas, de releer esquemas de proyectos futuros abandonados o aparcados al socaire del tiempo, me decidí por compartir con ustedes en esta tarde otoñal, en la que ustedes comienzan una nueva etapa, quise compartir, digo, el papel que, según creo, desempeñó Feijóo, como baluarte de la trasmisión científica de la información moderna.

Papel que según creo no se limita a su presencia como mero testigo y observador, sino a una intervención activa, consciente del papel que la Historia le había reservado, a su papel importantísimo como aportación al progreso y al desarrollo de los canales de información.

El profesor López Piñero² establece los planteamientos iniciales que deben presidir el estudio del tema: 1, La superación del método de las grandes figuras y el consiguiente reconocimiento de los procesos del pensamiento científico que se lleva a acabo sin solución de continuidad, aun en condiciones histórico-sociales determinadas; 2, La necesidad de un análisis profundo que obtenga el conocimiento del «proceso complejo» que llevó a la introducción en España de lo que se ha denominado ciencia moderna; 3, La afirmación de que, antes de la intensa renovación cultural científico-borbónicas, una de cuyas figuras más estudiadas ha sido Feijóo, hay que buscar raíces en el siglo anterior, pues los «últimos años del siglo XVII constituyen un período decisivo en la incorporación de nuestro país a las corrientes científicas modernas», y constituyen la primera fase de la renovación científica española; 4, La ubicación histórica de la renovación necesita conocer la evolución de la misma a lo largo del siglo XVIII como la gestación del concepto de lo «moderno» en etapas anteriores.

A estas notas del profesor López Piñero añadiremos nosotros algo: en el proceso de transmisión de la información científica habría que tener en cuenta:

1. Quién recibe esa información.
2. Qué información recibe.
3. A quién tiene que transmitirla.
4. Entorno científico y cultural en que se desenvuelven las operaciones anteriores.

A este esquema trataremos de adecuar nuestra exposición.

De familia noble, había nacido Feijóo en Casdemiro (Orense). Adquirió una sólida formación, humanística y escolástica. Benedictino, ocupó y ganó diversas cátedras en la Universidad de Oviedo, hasta que, al obtener la Cátedra de Prima, dedicó su actividad a la docencia y a la publicación y difusión de sus escritos, así como a defenderse de los numerosos ataques que lo «novedoso y atrevido» de sus escritos propiciaba.

Cuesta imaginar que un hombre de la talla de Feijóo se mantuviese siempre en su pequeña ciudad, en su pequeña universidad. Sabemos que la Sociedad Regia Filosófica-Médica de Sevilla le nombró socio (pero no acudió a Sevilla).

Un viaje a Madrid, de donde viene desilusionado, desencantando, es todo lo más que podemos encontrar en su monótona biografía. Feijóo lo refleja en «Ingrata habitación la de la corte» (*Cartas*, III, 25). A pesar de las ventajas que para un erudito como Feijóo representaría Madrid, Feijóo se muestra de acuerdo

² LÓPEZ PIÑERO, José María, *La introducción de la ciencia moderna en España*.

con la mejor tradición literaria española, que naturalmente conoce. Los argumentos que se desgranán en la citada carta son los mismos que los que esgrime fray Antonio de Guevara en *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, o los que había visto Lope en *El villano en su rincón*. Es el tema tan conocido del Mur de Ponferrada y el Mur de Guadalajara con que nos deleitó el Arcipreste.

De todos modos es conocido que los que venimos de provincias nos encontramos como desprotegidos y poco seguros ante las comodidades y adelantos que tienen ustedes los de la capital. Y también es conocido que los de la capital eliminan los inconvenientes a los que alude el Arcipreste, yéndose a vivir a las afueras en las urbanizaciones y colonias residenciales, y que los de provincia hemos intentado superar las deficiencias a las que aludía el Arcipreste llenando nuestras villas y pueblos de rincones donde podamos saborear los mejores platos.

Pero volvamos a Feijóo.

En la época que nos ocupa, los Borbones han propiciado, a imitación francesa una serie de instituciones culturales y literarias que intentan contribuir al desarrollo de España.

Entre las instituciones más importantes hay que contar con la Biblioteca Nacional, la Real Academia Española de la Lengua (no habría que olvidar el resto de Academias), las Sociedades Económicas de Amigos del País y las Universidades.

A. *La Biblioteca Nacional*

El primer criterio unificador que se percibe en la vida política española, en relación con las letras, es la fundación de la Biblioteca Nacional el año 1712, por Felipe V. Este rasgo es el inicio de una voluntad al servicio de la cultura. Reunir todos los libros, cuantos más mejor, al objeto de crear un depósito donde todo se guarde y pueda ser consultado y manejado.

Felipe V la nutre con los libros de la Biblioteca de la reina madre y con numerosas obras que trae de Francia. Además ordena que se envíe a la Biblioteca Nacional un ejemplar de cuanto se publique. Es lo que llamamos Depósito Legal.

La importancia de la Biblioteca Nacional es enorme. Sucesivas recogidas de libros y donaciones de otras Bibliotecas le van enriqueciendo continuamente, conscientes todos de la gran labor que esto representa.

Feijóo alude poco a la Biblioteca Nacional³. Observamos que se da en Feijóo una especie de resistencia a las organizaciones de tipo oficial.

B. *La Real Academia Española*

El 3 de octubre de 1714 se expide la Real Cédula con la que Felipe V autorizaba la creación del R.A.E. De esta forma se daba carácter oficial a los desvelos e inquietudes de Fernández Pacheco, que ya desde un año antes había pretendido dicha creación.

³ En el prólogo de *Teatro crítico...* III, cuando le acusan de copiar las memorias de Trevoux.

«Tuvo principio la Academia Española en el mes de junio de 1713. Su primer autor y fundador (a quien este cuerpo confiesa agradecido debe el ser) fue el excelentísimo D. Juan Manuel Fernández Pacheco.»

El lema de la Academia «por común acuerdo tomar por empresa y sello propio en crisol al fuego con este mote: limpia, fija y da esplendor».

Las actividades de la Academia comenzaron inmediatamente.

«El principal fin que tuvo la Real Academia Española para su formación fue hacer un diccionario copioso y exacto, en el que se viese la grandeza y poder de la lengua, la hermosura y fecundidad de sus voces, y que ninguna otra excede en elegancia, frases, y pureza, siendo capaz de expresarse en ella con mayor energía todo la que se pudiese hacer con las lenguas más principales en que han florecido las ciencias y las artes.»

Se toma como base para la formación del diccionario el *Tesoro de la Lengua Castellana*, de Covarrubias, publicado en 1611.

Y en el capítulo primero de los estatutos de la RAE, que figuran en dicho diccionario (pág. XXII), se lee:

«Siendo el fin principal de la fundación de esta Academia cultivar y fijar pureza y elegancia de la lengua castellana, desterrando todos los errores que en sus vocablos, en sus modos de hablar, o en su construcción ha introducido la ignorancia, la vana afectación, el descuido, y la demasiada libertad de innovación: será su empleo distinguir los vocablos, frases, o construcciones extranjeras de las propias, las anticuadas de las usadas; las bajas y místicas de las cortesanas y levantadas, las burlescas de las serias y finalmente las propias de las figuradas.»

En las páginas LXXXV a LXXXX (sic) se da lista de autores en los que se va a basar el buen uso autorizado de las palabras. Una simple visión de esta lista y de estos autores nos pone de manifiesto la diversidad de opiniones que predominó entre los primeros académicos, y lo problemático que resultará, con estos autores, desterrar el Barroco.

Pero quizá en esto mismo estriba precisamente uno de los mayores méritos de la Academia. Ella, al igual que en su escala hizo Feijóo, no renunció a los buenos autores del XVII. Desecha, eso sí, toda la producción poética de los autores culteranos, exceptuando a los primeros cultivadores del género, pero recoge los valores permanentes de los autores del XVI y XVII.

En el año 1726 se publica el primer volumen del diccionario en el cual se incluyen la citada Historia de la Academia y dos discursos sobre etimología y ortografía.

El año 1740 comenzó la Academia a trabajar en la redacción de la gramática, que debido a múltiples causas hubo de ver retardada su aparición hasta 1771.

Si analizamos los ideales de la Academia con la ideología de Feijóo veremos, como anunciábamos antes, opiniones contrapuestas. La Academia piensa en «limpia, fija y da esplendor» y Feijóo opina que está bien limpiar y dar esplendor pero no fijando el idioma, sino dando variedad al vocabulario, concediendo al hablante la libertad máxima de introducción de voces.

Frente al entusiasmo que la Academia despliega en su diccionario y frente a sus criterios formalistas, rígidos (a pesar de haber admitido los vocabularios de germanías), y «autorizados por el uso», Feijóo no cree en los diccionarios, defiende la introducción de voces simplemente por ser «más adecuadas» y cree que los vulgarismos dan al estilo cierta vivacidad y gracia.

Frente a la rigidez académica, tratando de fijar la ortografía, Feijóo opina:

«En cuanto a la ortografía (pues también de esto suele dar razón el autor a sus lectores) no sigo regla determinada, porque no la hay. Unos quieren que se arregle a la etimología, otros a la pronunciación; y ni unos ni otros cumplen con el mismo precepto que prescriben: pues no se hallará autor alguno que siga en todo la etimología, o que siga en todo la pronunciación.»

Es como si Feijóo sintiese un gusto especial en contradecir a la Academia, como si sintiese hacia ella una especie de resquemor, de prurito infantil, porque la Academia intenta lo que él intenta. Es como si pensase que ese terreno era suyo, y la Academia se le entrecruza.

En el fondo de esta aparente oposición existe una igualdad de intención: la defensa del idioma frente a las últimas consecuencias de la desintegración del Barroco, y preparación del castellano como lengua universal, cuyos pilares se han de asentar en la mejor tradición española según la Academia y cuyos últimos términos pueden escogerse de otra lengua, según Feijóo.

C. Otras instituciones culturales

Además de la Real Academia Española, otras instituciones de tipo cultural vinieron a sumarse a ella, aprovechando la buena disposición real para este tipo de instituciones. Tal es el caso de la Academia de Historia, cuyos comienzos datan de 1735, y cuyos fines, a semejanza de la Academia de la Lengua, serían componer unos anales y un diccionario.

A veces los comienzos no fueron tan sencillos. Tal es el caso de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona que, aunque había comenzado en 1703, no consiguió el reconocimiento real hasta 1751. En 1752 era aprobada la Academia Sevillana de Buenas Letras.

Hacia la mitad del siglo XVIII nacen las tertulias de tipo privado que tanto influirán en la implantación del neoclasicismo y que, al igual que los reyes construyen la Granja (y viven en ella) a imitación de Versalles, demuestran la imitación hacia los salones literarios franceses.

Otro elemento decisivo en este período es el periodismo. Entre los periódicos destacan el *Diario de los Literatos de España*, *La Gaceta de Madrid* y *Los Mercurios*, que reflejan la inquietud de la vida del XVIII en todos los aspectos políticos, social, religioso y literario⁴.

El otro elemento cultural digno de tener en cuenta es la Universidad, si no por lo que influye positivamente en la vida cultural española, al menos por el estado cultural que refleja.

El panorama que presenta la Universidad española a principios del siglo XVIII, no es ciertamente alentador⁵.

⁴ Una concisa exposición de estos temas puede verse en ALBORG, J. L., *o.c.*, pp. 32-64. Sobre el periodismo en el XVIII puede verse el libro de ENCISO RECIO *Nipho y el periodismo español en el siglo XVIII*, Valladolid 1956, con una abundantísima bibliografía de revistas y diarios.

⁵ Feijóo alude muy frecuentemente en sus escritos a la universidad en general, y algunas veces a universidades concretas. Así, por ejemplo a Alcalá y Valladolid (*Cartas...*, V, XXI, p. 15, p. 307) y a Valencia y Barcelona (*Cartas...*, III, XXVI, p. 38, p. 263), Palma de Mallorca

A esta situación, a este problema, alude frecuentemente Feijóo. Cuando atacan los escritos médicos del P. Rodríguez (*Cartas I, XV*), dice:

«Mas, ¿en qué funda V. md. su acusación? ¿En qué no es profesor de la Facultad; esto es, no la estudió en la forma regular, llevando su barco al agua, y dando después cuenta de la lección?

¡Oh qué engañado está V. md.! Tan lejos estoy yo de consentir en la justicia de esta acusación, que antes pronuncia, que por no haber estudiado la medicina en la forma regular, está más proporcionado para escribir sobre esta Facultad. Gran paradoja, así para los profesores, como para los que no lo son.» (p. 3, p. 137).

Afirma Feijóo que el no haber asistido a las clases de la Facultad es un mérito a favor. La razón según Feijóo es que:

«muy ordinariamente de las aulas no se saca luz, sino tinieblas, y tinieblas que después, nunca disipa la luz de los libros. Explicome: llega un pobre cursante a oír en la Universidad a un catedrático muy encaprichado de máximas vulgarizadas (...) Traga aquel veneno el cursante (...) Con que después de concluidos los cursos, sale del aula. ¿Quién? Un sujeto, a quien viene adecuada la graciosa definición de Quevedo:

Discípulo de un mosquete
Que le leyó los galenos,
salga de donde saliere,
triunfó matador de cuerpos.

Por más libros que tenga, o lea después este hombre, si Dios no le dotó de un entendimiento muy despejado, no le sacarán de la carretilla en que le puso el catedrático. Su maestro fue un mosquete y él será siempre un fusil con bayoneta calada». (p. 5 y 6, p. 138).

Ciertamente los profesores universitarios no quedan demasiado bien relatados en las páginas del benedictino:

«... el corto alcance de algunos de nuestros profesores. Hay una especie de ignorantes perdurables, precisados a saber siempre poco, no por otra razón, sino porque piensan que no hay más que saber que aquello poco que saben.»⁶.

Esta ignorancia de los catedráticos la hace Feijóo extensiva a todas las materias:

«Sé que no ha muchos años que hubo en cierta Universidad nuestra un catedrático de griego, de quien un ministro muy aficionado al idioma decía que no tenía inteligencia alguna él. Es verdad que el catedrático le pagaba al ministro en la misma moneda. Y yo creo que uno y otro tendrían razón.»⁷.

Esto en el caso de que tuviesen catedrático, porque hubo universidad que durante mucho tiempo no tuvieron ninguno, bueno ni malo:

(*idem*. p. 29, p. 259). Estudios generales sobre el problema de la universidad pueden verse, VICENTE DE LA FUENTE, *Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España*, Madrid, 1884-1889, cuatro vols. AGUILAR PIÑAL, FRANCISCO, *Los comienzos de la crisis universitaria en España (Antología de Textos del Siglo XVIII)*, Madrid, 1967.

⁶ *Cartas...*, II, XVI, p. 3.

⁷ *Cartas...*, III, XXXI, p. 59.

«En el otro extremo de la escala se hallaban lugares como Alcalá donde la cátedra de Griego estuvo vacante durante más de cuarenta años.»⁸

La incompetencia de los profesores se extiende también a las asignaturas más comunes en la época:

«Conocí y traté por espacio de tres años a un profesor de teología escolástica y moral, muy aplicado al estudio, pero con tan ninguna utilidad suya, que aún le dañaba su mucha aplicación; porque cuanto más estudiaba, menos sabía.»⁹

Y así, mientras los extranjeros han adelantado en física, matemáticas, anatomía, óptica, botánica y otras ciencias (*Cartas*, III, XXXI, p. 17, 330). «Nuestros profesores de las aulas metafísicas quieren porfiar que se ocupa mejor el tiempo en disputar eternamente sobre si la privación en principio de ente natural, si la unión se distingue de las partes (ídem, p. 356).

De aquí que Feijóo al analizar las causas que dificultan la entrada de nuevas ideas, el cambio de mentalidad que se cuela por los Pirineos, además de señalar la escasez de profesores y libros, expone:

«Pero la mayor de todas (las dificultades) está de parte de los profesores antiguos, o viejos, a lo menos de muchos de ellos, los cuales, mirando como desprecio de su existimada ciencia, que en las escuelas que empiece a enseñar lo que ellos ignoran, es natural se valgan de la autoridad que les dan sus años, y sus honores para hacer odiosa esta novedad (literaria). Los dos primeros estorbos los considero bastantemente vencibles. Pero el último es formidable, y sólo veo, que paulatinamente se puede ir removiendo este estorbo, ofreciendo el tiempo algunos nuevos profesores de más que ordinaria capacidad, y de espíritu generoso, que rompan la valla introduciendo el *buen gusto literario* en las escuelas.»¹⁰

A pesar del análisis de las causas que Feijóo hace, está convencido de que ni él, ni nadie podrán conseguir nada:

«Ni de mis declamaciones, ni de las de otro algún particular se puede esperar mucho fruto, en orden a introducir, y extender el conocimiento de las ciencias y artes útiles de que en España hay tan escasa noticia.»¹¹

El remedio que propone Feijóo, es curioso advertirlo, será la solución de la segunda mitad del XVIII y sobre todo, del reinado de Carlos III:

«Es menester buscar más arriba el remedio, y subir hasta el trono del monarca para hallarle, y ¿cuál es éste? La erección de Academias científicas debajo de la protección regia (...) Esta daría el tono a todo el reino en orden a la elección de estudios útiles, excitaría los ingenios capaces; los dirigiría con los escritos que fuesen produciendo, así en el cuerpo de la Academia como los particulares de ella.»¹²

Aboga, pues, Feijóo, por una cultura dirigida, por un proteccionismo oficial que suscite y dirija la inquietud espiritual del país. Es lo que se llamará Despotismo Ilustrado, movimiento que es última consecuencia de la Ilustración y de los novadores, entre los que incluimos a Feijóo.

⁸ Anderson, O.c. p. 263.

⁹ *Cartas...*, V. VI, p. 4, p. 163.

¹⁰ *Cartas...*, III, XXXI, p. 84, p. 357.

¹¹ *Idem.*, p. 85.

¹² *Idem.*, p. 357-358.

Su visión del problema de España, su amplitud en la aceptación de nuevas teorías científicas, y su claro criterio, le sitúan en un puesto de excepción en el siglo XVIII.

El papel que las Sociedades Económicas de Amigos del País desempeñaron en la conservación y transmisión de conocimientos ha sido destacado por el profesor López Yepes en su trabajo «Comunicación Científica y Sociedades de Amigos del País», a él me remito¹³.

Visto el ambiente cultural en el que se mueve Feijóo, pasemos a analizar su papel como transmisor de la información científica. Sería prolijo enumerar siquiera la inmensa temática que abarcó Feijóo. Nada hubo ajeno a su inquietud científica.

Nos detendremos en algunos aspectos: temas científicos, temas médicos y temas humanísticos. Como frecuentemente los logros que se consiguen en estos temas, a nivel mundial, o al menos europeo, contrasta con las creencias españolas, Feijóo adoptará una postura: desengañar al vulgo, y un medio y método: el ensayo.

Recientemente, al analizar la enorme cantidad de documentos, revistas, libros, etc., que se publican en el mundo, se mostraba, como ejemplo, el caso de *Chemical Abstracts*, publicación que en 1985 incluyó unas 500.000 referencias de interés para el químico.

Ante la magnitud de estas cifras, resulta imprescindible la existencia de una actividad científica intermedia, que haga llegar al usuario final, investigador, científico o técnico, sólo la información que le interesa. Evidentemente, esta actitud será tanto más perfecta, cuanto más se aproxime al ideal de que el usuario reciba toda la información de interés potencial, y ninguna información irrelevante.

Se configura así la documentación como una actividad científica con individualidad y características propias y, paralelamente junto al científico dedicado a la investigación y al que desarrolla su trabajo en el sector productivo, aparece una tercera categoría la del científico especialista en información que actúa de interface entre los productores y los utilizadores de información.

Este es el papel que Feijóo desempeña en la transmisión de la información científica en el XVIII.

La producción científica a la que tiene acceso Feijóo es enorme. La simple enumeración de sus citas bibliográficas y de autores, procedentes, muchas veces de la Europa contemporánea, llenaría muchas páginas. El *Teatro Crítico* y las *Cartas* están llenas de ellas (Bacon, Newton, Bayle, Fontenelle) (Puede verse el estudio de Delphy: «Las fuentes francesas de Feijóo»).

Feijóo recoge la información, la analiza, y, antes de transmitirla, coloca, ante el posible usuario un matiz propio. Si cree que le conviene, la transmite, si cree que puede perjudicarlo, la transforma.

Y siempre procura que el lector posible quede convencido de sus posibles errores. El se coloca en un punto de vista desengañador.

Y la técnica, según hemos dicho antes, el ensayo.

¹³ En Estudios de Documentación General e Informativa, Seminario Millares Carlo, Universidad Nacional de Educación a Distancia. Centro Regional de las Palmas. Madrid, 1981, pp. 17-27.

La actitud de Feijóo hacia el ensayo es hoy unánimemente admitida. Salinas¹⁴, Marañón¹⁵, Marichal¹⁶, Sánchez Agesta¹⁷ y Carballo Picazo¹⁸, entre otros, han destacado y deslindado aspectos del quehacer ensayístico de Feijóo.

Las condiciones del ensayo son: amplitud, en primer lugar, que quizá nadie como Feijóo ha tocado. Ciertamente se le puede comparar con Mexía y que a veces, se le ha relacionado con Nipho y que, muchos de sus temas están presentes en la literatura mixta, y que, autores como Montalbán o Zabaleta se aproximan en varios temas a Feijóo, pero Feijóo los supera a todos en variedad de temas, tantos que da la impresión de ser una enciclopedia. El propio Feijóo se lamenta de que le consulten como si supiese de todo, aunque en diversos sitios advierte que escribe «sin restricción de materias». Medicina, eclipses, profesión literaria, cometas, magia, artes adivinatorias, duendes, espíritus familiares, valor de la nobleza, piedra filosofal, regla matemática de la fe humana, paradojas políticas, urbanidad, literatura, nada hay que escape a la consideración feijoniana.

Este escribir «sin restricción de materias» hace poco menos que imposible una perfecta clasificación temática de las cuestiones objeto de estudio y crítica de Feijóo. José Santos intentó una clasificación de las cosas más notables de los escritos del padre Feijóo. Es un esfuerzo notable, digno de tenerse en cuenta.

Hay, sin embargo, en la producción feijoniana algunos temas que se repiten insistentemente y que podrían constituir el núcleo central de su producción.

Intenta erradicar errores y así escribe: «Voz del pueblo» (Discurso 1), «Astrología judiciaria y Almanagues» (Disc. 8), «Eclipses» (Disc. 9), «Cometas» (Disc. 10) y «Años climatéricos» (Disc. 11) en el tomo I del *Teatro crítico...*, «Artes divinatorias» (Disc. 3), «Uso de la magia» (Disc. 5) y «Días críticos» (Disc. 10), en el tomo II; «Duendes y espíritus familiares» (Disc. 4), «Vara divinatoria zahoríos» (Disc. 5) y «Piedra filosofal» (Disc. 8), en el tomo III; «Lámparas inextinguibles» (Disc. 3) y «Fábula de las Batuecas y países imaginarios» (Disc. 10), en el tomo IV; «Tradiciones populares» (Disc. 16), en el tomo V; «Sátiros, tritones y nereidas» (Disc. 7), en el tomo VI; «Cuevas de Salamanca y Toledo» (Disc. 7) en el tomo VII; y «Fábulas gaceteras» (Disc. 5) en el tomo VIII. En las *Cartas...* continúa Feijóo esta temática: «Sobre las batallas aéreas y lluvias sanguíneas» (Carta 9), «Sobre la transportación mágica del obispo de Jaén» (Carta 24), «El astrólogo Juan Martín» (Carta 38), «Sobre los duendes» (Carta 41), en el tomo I; «Nuevas noticias sobre la fábula del Obispo de Jaén» (Carta 21), «Sobre la niña de Arellano» (Carta 22), «Del judío errante» (Carta 25), en el tomo II; «Falibilidad de los adagios» (Carta 1), «Tesoros escondidos» (Carta 2), «Sobre la pretendida multitud de hechiceros» (Carta 15), en el tomo III; «Sobre las apariciones de espíritus, vampiros y brucolacos» (Carta 20), en el cuarto, e «Historia del hombre de Liérganos» (Carta 20), en el tomo V.

¹⁴ Salinas, «Feijóo en varios tiempos». *Rev. de Occidente*. Madrid, 1924, Año II, núm. VIII.

¹⁵ MARAÑÓN, *Las ideas biológicas de P. Feijóo*. Espasa Calpe, 4.ª ed. 1921.

¹⁶ MARICHAL J., *La voluntad de estilo*. Barcelona, Seix Barral, 1957.

¹⁷ SÁNCHEZ AGESTA, *Feijóo: teatro crítico, selección, prólogo y notas*.

¹⁸ CARBALLO, «El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España». *Revista Literaria*. Madrid, 1954, v.

Parece imposible imaginar un panorama como el que se desprende de las páginas feijonianas. Si Feijóo impugna y combate duendes, zahoríes, astrología, almanaques, etc., todo lo relacionado con la magia, es porque estas ideas están profundamente arraigadas en el período que hemos llamado del tránsito al siglo XVIII.

La voz irónica de Feijóo se extiende sobre estos temas:

«De buen humor estaba V. md. cuando le ocurrió inquirir mi dictamen sobre la “Historieta del obispo de Jaén”, de quien se cuenta que fue a Roma en una noche, caballero sobre la espalda de un diablo de alquiler. ¿Qué espera V. md. que le escriba sino chanzoneta, sobre tan ridícula patraña?».

Al analizar la existencia o no existencia de vampiros, cita Feijóo una narración del padre Calmet en la que una mocita es importunada por una cosa que la seguía a todas partes.

«Pero, ¿en qué paró toda esta portentosa historia? En que al final se supo que todo era fábula, a excepción de la impresión de la mano en el pañuelo, la cual había hecho con una mano de hierro algo encendido un joven herrador, que tenía comercio amoroso con la mozueta, ocultándole con la frígida aparición del difunto. ¡Oh, cuánto se hallaría de esto, si se apurase bien el examen de tantas historias como hay de apariciones de duendes y de difuntos!»

Como base fundamental para la transmisión científica, Feijóo intenta deslindar lo auténtico de lo falso, desterrar la magia y la superstición, esta es la finalidad de gran parte de sus obras. Pero no olvidemos que las ciencias mágicas están muy arraigadas, y que no a todos agradaba ver cómo Feijóo iba desmontando sus creencias, y para combatirle utilizaban testimonios de testigos, de cronistas, etc. De aquí que Feijóo acuda también frecuentísimamente a documentar sus argumentos, que son en el fondo lo más significativo, a todos aquellos autores que han escrito sobre el tema —principalmente extranjeros—. Eso hace que a veces olvide la tradición española, en casos como las Cuevas de Salamanca y Toledo, o el tema del Judío Errante. En este último ejemplo, Bataillon le reprocha su cultura librea, de filiación francesa, olvidando a Correas, y la tradición oral.

Veamos algún tema científico concreto:

Medicina: a este tema dedica Feijóo los siguientes escritos: «Medicina» (*Teatro crítico...* I, V), «Régimen para conservar la salud» (*Teatro crítico...* I, VI), «El médico de sí mismo» (*Teatro crítico...* IV, VI), «Señales de muerte actual» (*Teatro crítico...* V, VI), «De lo que sobra y falta en la enseñanza de la medicina» (*Teatro crítico...* VII, XIV).

Los temas médicos en las *Cartas eruditas* son más variados y abundantes cual corresponde al género y porque Feijóo responde muchas veces a las preguntas que le hacen.

Así en el tomo I encontramos: «Sobre el influjo de la imaginación materna respecto al feto» (Carta 4), «Sobre un monstruo infante bicípide de Medinasidonia» (Carta 6), «Sobre los funestōs ejemplos de enterrar a los hombres antes de tiempo» (Carta 8), «A un médico, que envió al padre Feijóo un tratado suyo, sobre la utilidad del agua bebida en notable copia, y contra los purgantes» (Carta 12), «A otro médico, que envió al autor otro escrito, en que impugna el tratado del médico antecedente» (Carta 14), «De los escritos médicos del padre Rodríguez, cisterciense» (Carta 15), «Del remedio de la transfusión de la sangre» (Carta 16), «Sobre la

medicina trasplantatoria» (Carta 17), «Remedios de la memoria» (Carta 20), «Anticipada perfección de un niño en la estatura, y fuerzas corpóreas» (25), «Ignorancia de las causas de las enfermedades» (40).

La carta «Uso más honesto del Arte Obstetricia» es la única que incluye sobre medicina en el tomo II.

«Sobre un libro nuevo de medicina» (9), «Sobre la lesión de la vista de un caballero» (16), «Sobre una extraordinarísima inedia» (18) y «Descubrimiento de la circulación de la sangre por el Albéitar español» (28), en el tomo III.

En el tomo IV de *Cartas*: «Charlatanería de algunos médicos advenedizos» (4), «Los polvos purgantes del doctor Ahiland» (9), «Cuestión médica sobre si los que ya padecieron peste, reinciden» (11), «En algunas cosas sobre el régimen de salud, es mejor gobernarse por el instituto que por el discurso» (17).

Y en el tomo V recomienda la doctrina del famoso médico español Francisco Solano de Luque (8 y 9), «Sobre la ciencia médica de los Ancios» (11), «Descubrimiento de un nuevo remedio para el recobro de los que, aun estando vivos, o en los casos que se duda si la están, tienen todas las apariencias de muertos» (18) y «Sobre la mayor, o menor utilidad de la medicina» (21).

Si nos afirmaran que los temas enumerados, y algunos otros no citados, que tocan marginalmente el tema médico, pertenecen a un autor, pensaríamos inmediatamente que nos encontramos ante un médico, o ante un historiador de la Medicina.

Marañón, cuyo estudio es imprescindible en esta materia, habla de Feijóo, médico frustrado:

«Es evidente que la medicina constituyó para nuestro monje, más que un tema de interés, una verdadera obsesión. Podría afirmarse, sin temor a errar, que dentro del austero sacerdote y admirable ensayista, había un gran médico frustrado. De los varios «dobles» que todos llevamos ocultos en nuestra personalidad, sin duda uno de los más frecuentes es «la otra vocación»; y cuando la ocupación social elegida no es la que corresponde a la inclinación más fuerte, aquella otra, la vocación verdadera, permanece viva, aunque sofocada, en nuestra alma y nos importuna e inquieta cuando no nos ayuda traidoramente a fracasar. No era éste el caso de Feijóo, modelo de frailes, que un año antes de morir declaraba que jamás había estado pesaroso ni por un instante de haber abrazado la vida monástica; pero no tiene duda del gran médico que hubiera sido, medio sofocado por los hábitos y la teología reaparecía a cada instante en su vida oficial y privada, ocasionándole no pocos disgustos; pero también algunas de sus más hondas satisfacciones.»

Marañón analiza las experiencias médicas de Feijóo, propias unas veces, con compañeros otras, calificando de acertados ciertos diagnósticos del padre benedictino.

Feijóo adquiere los conocimientos médicos en las fuentes. Conoce a Hipócrates, a Paracelso y a Helmoncio, a Etmulero, y cuando no conoce a un autor o no tiene el libro que desea acude a las Memorias de Trévoux, insertándose, pues, en la línea de influencia extranjera. Llega, a veces, a conocer a algún médico español a través de publicaciones extranjeras, sin que indique un total desconocimiento de los médicos españoles.

La temática es abundante, casi completa: obstetricia, oftalmología, aversión a las sangrías, tan frecuentes en la época, así como a las purgas, odio a las

medicinas excesivas, demostrando a los médicos que recetan muchos específicos, a lo cual llama «infame práctica», una confianza sin límite en la naturaleza humana, capaz de sobreponerse a cualquier enfermedad. Lucha constantemente contra los malos médicos que se ciñen a principios meramente especulativos, etcétera.

Hay, no obstante, en Feijóo un tema que podíamos llamar obsesivo, tema al que Feijóo dedica varios artículos según hemos visto, y en el que emplea un tono enérgico y apasionado. Nos referimos al tema de los entierros prematuros, a la posibilidad de enterrar a alguien que no esté realmente muerto.

Es indudable que a Feijóo le preocupó el tema. El se justifica diciendo que es un asunto de gran trascendencia, que en él está implicada la salvación del alma. Con todo, nos parece que esta preocupación de Feijóo responde a una de las debilidades, de los miedos de Feijóo. Feijóo teme ser enterrado vivo. No teme morir, sino que lo entierren vivo, y utiliza todos los argumentos a su alcance para convencer a todos —médicos, familia, etc.— de que no entierren a los cadáveres con precipitación, de que cualquier razón para acelerar los entierros no justifica la posibilidad que entraña el riesgo de una muerte aparente. Da señales de muerte aparente y, casi al final de sus días, propone nuevamente remedios para comprobar si hay muerte real, o sólo aparente.

Vislumbramos el temor de Feijóo conforme se acerca su fin. Miedo a la muerte, pero a la muerte aparente, que conduciría a una muerte real, mucho más cruel y espantosa. Quizá el temor de Feijóo se entronque con una tradición universal, de todas las gentes y de todos los pueblos, que piensan con horror en esta posibilidad.

Y así, Feijóo, ruega, aconseja, increpa e incluso insulta a cualquiera que no se responsabilice de la trascendencia de esta opinión.

Otros temas de transmisión científica son:

Ciencias naturales y física: las cuestiones científicas son en Feijóo el exponente claro de la Ilustración que se avecina. Es el tributo que rinde a la moda general de preocuparse por las ciencias empíricas. Es quizá, por otra parte, el tema en que Feijóo más debe a la influencia extranjera. Si leemos con atención los Discursos y Cartas relativos a ciencias y física, matemáticas, etc., observamos cuán frecuentemente acude a la cita de autores extranjeros, franceses e ingleses principalmente.

Sus opiniones en materia científica, más que un tratado científico y documentado, son un prontuario para conocer curiosidades, o, cuando mucho, un tratado de divulgación. Aombra pensar, sin embargo, la decisión con que Feijóo toca estos temas, y cómo en muchos de ellos sus afirmaciones tienen la decisión y seguridad que usaría un verdadero científico.

La aportación feijoniana en materia científica, no es, pues, a nuestra opinión original, es decir, Feijóo no es un científico que divulga sus ideas. Su papel es de transmisor de la información científica. Es una aportación valiosa, eso sí, porque puso al alcance de muchos los conocimientos reservados a unos pocos. Si algo más de valor tiene esta aportación de Feijóo es la experiencia propia, con que, al igual que en medicina, trataba de comprobar opiniones ajenas.

Una ordenación mínima de los temas, nos llevaría a confirmar esa primera impresión de recapitulación científica, de prontuario o recordatorio.

Feijóo escribe: «Paradojas físicas» (*Teatro crítico...*, II, XIV) y «Nuevas paradojas físicas» (*Teatro crítico...*, V, IX), «Nuevas propiedades de la luz» (*Teatro crítico...*, V, XII), «Existencia del vacío» (*Teatro crítico...*, V, XIII), «Intransmutabilidad de los elementos» (*Teatro crítico...*, V, XIV), «Peso del aire» (*Teatro crítico...*, II, XI), «Esfera del fuego» (*Teatro crítico...*, II, XIII), «Patria del rayo» (*Teatro crítico...*, VIII, IX), «Importancia de la ciencia física para lo moral» (*Teatro crítico...*, VIII, XI), «De lo que sobra y falta en la física» (*Teatro crítico...*, VII, XIII).

Multitud de cuestiones físicas, desmenuzadas tratadas a veces con la ligereza de una tertulia científica. Son desarrolladas por Feijóo en las *Cartas...* Como un auténtico doctor en física responde a algunas cuestiones sobre los cuatro elementos (Carta I, I) y sobre las cualidades elementales (Carta I, II). Se ocupa de la porosidad de los cuerpos (Carta I, III) y desarrolla este tema sacando del error a un comunicante a quien han hecho creer que la nieve de aquel año es más fina que la de otros (Carta I, X). La aplicación de la dureza de diamantes y rubíes es tratada por Feijóo, atendiendo a su posible resistencia al fuego (Carta C, XI) No desdeña dar una explicación científica al dicho popular de que «pesa más una arroba de metal que otra de lana» (*Teatro crítico...*, XVIII).

Trata la dimensión geométrica de la luz (Carta II, III) y confiesa su falta de aptitud y conocimiento —además de lo arduo del problema— para formar sistema sobre la electricidad (C. IV, XXV) abundante en tema de la patria del rayo.

Las ciencias naturales son un estudio al que Feijóo se entregó con ilusión. Su finalidad con otras ciencias —medicina, física, química, etc.—, la posibilidad de observación directa en animales y plantas, las noticias de lejanos países, culturas y civilizaciones, y las consecuencias que Feijóo puede extraer de su conocimiento, hicieron que el beneditino tratase muchos temas:

«Historia natural» (*Teatro crítico...*, III,II), «Secretos de la naturaleza» (*Teatro crítico...*, III, II), «Racionalidad de los brutos» (*Teatro crítico...*, III, IX), tema que le sirve tanto para la filosofía. «Hallazgo de especies perdidas» (*Teatro crítico...*, VI, IV y V), «Maravillas de la naturaleza» (*Teatro crítico...*, VI, VI), «Peregrinaciones de la naturaleza» (*Teatro crítico...*, VII, II), «Color etiópico» (*Teatro crítico...*, VII, III), tema que volverá a tratar en el influjo de imaginación materna respecto al feto (Carta I, IV). La aplicación de las ciencias naturales a sus ideales en orden a deshacer errores de milagros y creencias, es palpable en la carta «Sobre un fenómeno raro de huevos de insectos, que parecen flores» (*Teatro crítico...*, XXX), que le sirve para el famoso milagro de las flores de San Luis (Carta II, XXVIII). Trata de la arañas (Carta I, XIX). Hace observaciones meteorológicas (Carta II, X). Da normas para conservar los vinos (Carta II, XX), el tabaco y el chocolate (Carta I, XXVII). Trata del rinoceronte (Carta III, III).

Trata abundantísimamente de los terremotos (Carta V. XIII, XIV, XXVI, XXVII y XIX). Y finalmente analiza las causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales (Carta II, XVI).

Aparte de estas cuestiones, hay infinidad de comparaciones, repartidas aquí y allá, en cada página sobre observaciones propias, cuya explicación científica busca en autores, para afirmar que tal o cual receta o recurso médico, no es válido. Conoce remedios de botánica para la falta de memoria, y muchos de los trucos de

los hechiceros, magos, zahoríes, etc., quedan al descubierto mediante una aguda observación científica.

El otro gran tema que excita la curiosidad de los hombres del XVIII, es la Filosofía. Todo hombre que se precie de ilustrado ha de conocer y practicar la Filosofía, aun a riesgo de un cierto tinte de heterodoxia o de enciclopedia.

Feijóo no fue una excepción.

En el quehacer filosófico, Feijóo se libró de la influencia escolástica y aristotélica que dominaba el panorama científico español, y trató de sustituir su autoridad infalible por los criterios de experiencia y reflexión.

Esto no quiere decir que Feijóo acepte todo lo novedoso sin un profundo análisis. El compagina su admiración por los autores extranjeros, y toma siempre partido a favor de la ciencia. Sólo cuando la ciencia entra en conflicto con la religión, con las verdades dogmáticas, Feijóo duda y no sabe qué partido tomar. A veces, cierra los ojos, y, al menos externamente, toma partido a favor de la fe.

Ya hemos insistido antes en que Feijóo destaca no como descubridor, sino, como ha señalado Marañón, como el más egregio promotor de la ciencia moderna, y, sobre todo, como sembrador de nuevos ambientes en que deben fructificar los trabajos de los investigadores contemporáneos y futuros.

Ello, al decir de López Yepes, le convierte en un adelantado de la información de la ciencia.

Nosotros aventuraríamos algo más. Feijóo, por su talante enciclopédico, por su postura ante la ciencia, ante el progreso, por su renuncia ante lo anquilosado de la ciencia española, por su aperturismo sin reservas ante la ciencia moderna, ocupa un papel importante, más que importante, primordial, en el concepto de transmisión de la información científica.

Feijóo sería, pues, en nuestros días un adelantado de la documentación científica, ejerciendo un hermoso papel entusiasta en una sociedad en la que la ciencia, la formación, esa formación a la que ustedes hoy se entregan de nuevo, no está siempre valorada.

Que la figura de Feijóo les sirva de testimonio, como ejemplo de un actitud, de una forma de pensar, que hoy, a casi trescientos años nos parece actual, y más que actual, adelantada.

Gracias